

Borges, Bioy y el arte de hacer literatura con leche cuajada

Cristina Parodi

Cada vez que Borges y Bioy han hablado de *Seis problemas para don Isidro Parodi*, su primera obra en colaboración, publicada en 1942, no han dejado de mencionar que, a pesar de que surgió como un proyecto de escribir "en serio", las intenciones se frustraron. Confiesan que Honorio Bustos Domecq, el autor de los cuentos de Isidro Parodi, resultó ser un "bromista insoportable" (Bioy 111), que acumulaba "bromas al punto que nos perdíamos en nuestro propio relato" (112).

Seis problemas fueron los primeros cuentos escritos en colaboración, pero no la primera experiencia de escritura compartida. Hubo otra, siete años antes. Ni Borges ni Bioy nos dicen si, también en esa ocasión, se habían propuesto escribir con seriedad; pero la lectura del resultado de esa primera colaboración confirma que, esa vez, aunque Bustos Domecq todavía no existía, tampoco pudieron prescindir de las bromas.

El texto al que hago referencia es un folleto que escribieron en 1935, a pedido de Vicente Casares, propietario de la empresa de productos lácteos La Martona y tío de Bioy. Casares confió a su sobrino – entonces un escritor con varios libros publicados – la redacción de una propaganda de la leche cuajada. Se trataba de un trabajo bien pagado, que suponía cumplir con los términos del encargo. Los potenciales consumidores deberían recibir información sobre la cuajada y sus benéficas cualidades. Casares quería promocionar el producto como un alimento respaldado por la ciencia, eficaz para el mantenimiento de la salud y la prolongación de la vida.

Bioy recuerda que en ese tiempo Borges "pasaba estrecheces económicas" y le propuso que escribieran juntos el folleto. Cuenta que se fueron a una estancia, y allí, provistos de una "copiosa bibliografía sobre la cuajada", se encerraron en el comedor, durante una semana, defendiéndose del frío con el fuego de la chimenea y frecuentes tazas de cacao (Elías, Ares, Bioy 76).

Parece ser que el encierro fue fructífero ya que, además del folleto, escribieron un soneto – del que conservaron la memoria de una

línea: "los molinos, los ángeles, las eles" – y también un cuento policial, sobre la base de una trama imaginada por Borges.

Para Bioy, este cuento inconcluso marca el origen de Bustos Domecq (77). Lamentablemente, las escasas trescientas palabras que se han conservado del comienzo del proyecto de cuento, no autorizan interpretaciones ni conclusiones. Es sí evidente que todavía no están en el fragmento ninguna de las voces de los relatos de don Isidro Parodi ni de las *Crónicas* de Bustos Domecq. Pero se percibe que las circunstancias que imaginaron no descartan los toques de humor (cf. Ares).

Mi intención no es ocuparme del cuento policial sino del folleto, un texto que sí fue completado, publicado, y que contiene indicios sobre los orígenes de Bustos Domecq.

En una entrevista, Bioy afirmó que él y Borges asumieron el encargo de La Martona como un "hecho literario" (Búmbalo).

Mi interés es indagar ese "hecho literario" que lleva por título "La leche cuajada de La Martona", el fruto de ese primer encuentro en que dos escritores decidieron hacer juntos literatura.

Según cómo se lo lea, el folleto puede considerarse al menos de dos maneras: como un texto que presenta una novedad científica echando mano de diversos tipos de discursos (es anuncio publicitario, biografía, estudio científico, indagación histórica, etnográfica y etimológica, es creación literaria y también, arte culinario); para otra lectura, el folleto será sobre todo una broma encubierta, disimulada.

Borges y Bioy escribieron un texto intencionalmente ambiguo, que puede leerse, al menos, de esas dos maneras, e.d. que admite dos tipos de lectores y dos lecturas diferentes.

Uno, el lector entusiasta de los avances de la ciencia moderna y a la vez motivado por la esperanza de dar con un producto milagroso. Ese lector se entregará a la lectura con credulidad, y aceptará los datos que proporciona el folleto, sin cuestionarlos ni sospechar de su veracidad. Empezará así un veloz recorrido por las vicisitudes de la cuajada a través de la historia, por los exóticos nombres que recibió en los más diversos lugares del planeta, los variados modos de elaboración según la geografía y la estación del año, los sabores y olores de las diversas variedades. Puede enterarse de cuáles son algunos de sus beneficios, de las opiniones de grandes especialistas sobre las virtudes de la cuajada, de los enigmas de la flora microbiana. Por último, podrá o no acatar la recomendación de preferir la "más racional" de sus fórmulas, la inventada por el científico ruso Elías Metchnikoff, y eventualmente seguir las indicaciones sobre la manera y dosis en que conviene ingerirla.

En no pocas páginas del folleto, nuestro lector quedará tal vez desconcertado, sin saber por qué debe preferir la fórmula de Metchnikoff a otras que los autores omiten evaluar, pero se habrá informado de que hay en el mundo alrededor de una docena de apellidos extranjeros, muchos difíciles de pronunciar, que pertenecen a científicos que la encuentran muy benéfica. Y retendrá lo esencial: que la cuajada es el elixir de la vida y que muchas personas alcanzaron alta longevidad gracias a haberla incluido en su dieta.

Podemos suponer que hubo lectores – tal vez muchos – que leyeron el folleto de este modo y quedaron satisfechos de haber ampliado sus conocimientos, de haber incursionado por temas científicos, de estar en posesión de una cura milagrosa, prestigiada por un pasado que se remonta a la Biblia y por especialistas de fama universal. Muy posiblemente, esos lectores emprendieron la dieta aconsejada y hasta lograron, acaso, prolongar sus vidas.

Pero el texto apunta también a otro lector menos ingenuo, menos ávido de maravillas y misterios, que sepa leer lo que Borges y Bioy no podían escribir pero que, sin embargo, estaba allí, a la espera de quien supiera llenar los vacíos del texto, suplir lo no dicho, captar los indicios, sacar inferencias, y – de paso – reírse con Borges y Bioy.

Me interesa recorrer el folleto practicando esta segunda estrategia de lectura. Así leído, el texto aparece como un acto literario humorístico, que va acumulando bromas, que no elude las incoherencias, las contradicciones, las verdades de Pero Grullo, que induce a malentendidos, y que puede leerse como una puesta en obra de la dudosa pretensión de que el conocimiento científico está al alcance de todos.

La cubierta del folleto ya habla de un texto que practica la ambigüedad, y mezcla discursos y tonos.

Lleva por título: “La leche cuajada de La Martona. Estudio dietético sobre las leches ácidas. Folleto con recetas”.¹

Es “estudio dietético” – o sea, el fruto de la recopilación de datos y la reflexión en un campo de la medicina – ; un “estudio” que a la vez proporciona “recetas”. Ahora bien, las “recetas” adosadas al “estudio” no son prescripciones médicas para regímenes dietéticos, sino algo más pedestre: el estudio trae un apéndice con algunas ins-

¹ Se trata de un folleto de 20 carillas, en formato menor. En la cubierta, además del título, lleva el emblema de la empresa La Martona; en la contratapa, un anuncio de la leche cuajada, que propone: “cada 6 meses haga una cura de cuajada durante un mes”. Incluye la dirección de la administración de la empresa. No menciona la fecha de edición ni el nombre de los autores, pero sí el de la imprenta.

trucciones para hornear panes, bollitos y pasteles, en los que la leche puede ser exitosamente reemplazada por la cuajada.

Como volverá a ser el caso en *Seis problemas para don Isidro Parodi*, la primera página está reservada a un boceto biográfico, que ya ilustra algunas de las estrategias que se repiten a lo largo del folleto.

En nuestro caso, se trata de la vida de un científico "de carne y hueso", de fama mundial, Premio Nobel de Medicina, Elías Metchnikoff, la autoridad que va a garantizar los méritos y eficacia de la cuajada de La Martona. Es un personaje real, histórico, hecho que condiciona que, Borges y Bioy, en 1935, no cuenten con la misma libertad de quienes en 1942 transcriben la silueta de la Srta. Adelma Badoglio ni tampoco cuentan con la libertad con que la educadora Badoglio compuso la trayectoria del doctor Bustos Domecq (*OCC* 13).

No pueden crear un personaje totalmente ficticio, pero sí pueden recrearlo literariamente, pueden introducir en su vida ciertos retoques y mejoras que hagan que la trayectoria de Elías Metchnikoff armonice con el producto que le toca patrocinar.

Los datos de la vida del Metchnikoff histórico no eran los más apropiados para promocionar el elixir de la vida y de la felicidad.

Las enciclopedias consignan que el hombre que descubrió la fórmula de la longevidad, y que escribió ensayos de filosofía optimista, fue en realidad un individuo enfermizo, con vista débil, que sufrió varios ataques cardíacos, y frecuentes períodos depresivos. Mencionan también que dos veces intentó suicidarse; una, mediante una dosis excesiva de opio; otra, inyectándose un virus. Se salvó, pero ninguna enciclopedia menciona que la cuajada haya intervenido en la salvación.

Como señalé, Borges y Bioy se han propuesto un acto literario; por fortuna, la literatura puede crear un orden de cosas más perfecto que la imperfecta realidad de la vida de Elías Metchnikoff.

Borges y Bioy emprenden el retoque de los datos: por una parte, manipulan la sintaxis para que Metchnikoff no tenga que compartir el Premio Nobel con otro científico – como fue el caso en 1908 –, sino que lo reciba en forma exclusiva. Hacen que el orden impuesto a la frase deje suponer que la Academia de Suecia no sólo premió a Metchnikoff por sus investigaciones sobre inmunidad y su teoría de la fagocitosis, sino que en el galardón también se tuvo en cuenta "su fórmula para la preparación de la maravillosa leche cuajada que lleva su nombre" y su teoría de la vejez. Y otro pequeño ajuste, una mínima exageración, que contribuye a aumentar las virtudes de la cuajada a

los ojos del lector: la versión de Borges y Bioy hace que Metchnikoff haya asegurado que la vejez no es sólo aplazable sino "evitable".²

Otro dato histórico que incita a las correcciones es que el inventor del elixir de la vida tuvo el descuido de morir a una edad no suficientemente avanzada. Los autores del folleto no dejan de consignar las fechas de nacimiento y muerte de Metchnikoff, y cualquier lector puede sacar cuentas y calcular que vivió 71 años. Sin embargo, no le temen a la contradicción, y en la misma página le regalan 14 años suplementarios; en contra de la evidencia de las fechas, lo hacen vivir 85 años. Esta longevidad adicional se la conceden en una frase que disimula la broma en una ambigüedad semántica: "Miembro de una familia perseguida por muertes anticipadas, vivió 85 años". De nuevo la posibilidad de más de una lectura: que la muerte prematura persiguió a los familiares de Metchnikoff; que fueron los parientes de Metchnikoff los perseguidos por anticipar las muertes de otros.

Una vez mejorado este dato, le toca el turno a la muerte de Metchnikoff, que un desliz de la realidad privó de circunstancias heroicas. El verdadero Metchnikoff, el histórico, murió en 1916, durante la guerra, pero no en el campo de batalla sino, de un paro cardíaco, en su solitario despacho del Instituto Pasteur, en París. Borges y Bioy refieren las circunstancias de esa muerte en un párrafo de repentino vuelo poético, en el que la muerte de Metchnikoff fue consecuencia de la tristeza que le causó ver desaparecer a sus discípulos en la guerra. En este párrafo, el texto cambia bruscamente de tono; abandona la aridez de fechas, lugares y quehaceres de Metchnikoff y empieza a remontarse a alturas y opulencias poéticas que ya apuntan a posteriores tiradas de Bustos Domecq:

Aunque no fue a la guerra, estuvo en el tributo de vidas que dio la Humanidad para su fiesta horriblemente misteriosa, del año 14. El grupo de sus discípulos se dispersó por el campo de batalla; para muchos de ellos fue como el Hades, sin retorno. Y su laboratorio, laboratorio de la vida, se convirtió en silenciosa y vacía antesala de la muerte (2).

Iniciando un camino muy frecuentado luego por Borges, por Bioy y por Bustos Domecq, el boceto biográfico se cierra con la lista de obras de Elías Metchnikoff.

² "Conquistó celebridad universal por su teoría de la fagocitosis, que revolucionó la medicina, por su teoría de la vejez, según la cual esta última depende de causas fisiológicas y patógenas - intoxicaciones intestinales - y es, por tanto, evitable, por su fórmula para la preparación de la maravillosa leche cuajada que lleva su nombre. En 1908 obtuvo el premio Nobel" (2).

Una vez más vuelve a imponerse la necesidad de corregir y mejorar los hechos: ninguno de los títulos realmente publicados por Metchnikoff deja entrever que en sus obras se haya ocupado de la vejez, de la muerte y, mucho menos, de la leche cuajada. El catálogo de obras mencionado en las enciclopedias resulta árido, insípido y poco elocuente. Registra títulos sobre patología comparada de la inflamación o sobre la inmunidad en las enfermedades infecciosas. Borges y Bioy se sienten llamados a agregar las obras que Metchnikoff omitió escribir, pero que – como digno inventor de la moderna fórmula de la cuajada – debería haber escrito. Añaden títulos que, aunque apócrifos, son más típicos para su personaje que los que el otro, el Metchnikoff histórico, publicó.

Así, el Elías Metchnikoff de Borges y Bioy resulta autor de dos obras en francés: un tratado sobre la vejez, *La Vieillesse* (París, 1903), y un estudio sobre las leches ácidas, *Quelques Remarques sur le lait aigré* (París, 1905). Tal vez porque en las enciclopedias figura que Metchnikoff estuvo en Italia, Borges y Bioy le atribuyen también un libro en italiano “*La Desarmonie della nature e il problema della morte* (Bil. Gen. di coltura, Milano, 1906)”, un título que se engalana con más de un error sintáctico. Es cierto que cabría la posibilidad de que el desbarajuste de la gramática no provenga de los autores sino de la impericia de algún tipógrafo. Pero también es cierto que el título no desentona en la lista de obras atribuidas a Metchnikoff.

Por último, completan el catálogo con el agregado de un libro en alemán, lo más apropiado para realzar la bibliografía de un científico de primer rango: “*Beiträge zu einer optimistischen Weltanschauung*”. Lo particular en este caso es que, tal como lo consignan los autores del folleto, esta obra de Metchnikoff fue escrita por “B. Michailoski”, en 1908.³

A la silueta, siguen 18 capítulos, todos breves.

Si recorremos los títulos de esos capítulos, vemos que también componen un catálogo ecléctico: fórmulas sobriamente descriptivas que podrían figurar en un tratado científico (“La leche cuajada”, “El sistema Metchnikoff”, “El leben raib de Egipto”); otras más propias de artículos pseudo-científicos o de divulgación (“¿Podemos gobernar nuestros microbios?”, “Nuestros aliados invisibles”, “Cómo debe tomarse la leche cuajada”, “El hombre, país de microbios”), y no dejan de lado títulos más afines con la creación literaria (“El alimento de los grandes criadores de caballos”, “El caso perdido del acidófilo”, “La bebida llamada bienestar”, “Vuelta a Matusalén”).

³ “[...] en alemán [publicó]: *Beiträge zu einer optimistischen Weltanschauung*, de B. Michailoski (1908)” (2).

Pasemos a otro ejemplo: el primer capítulo del folleto. Hasta ahora, la cuajada ha sido mencionada sólo una vez, en el boceto biográfico de Elías Metchnikoff, elevada al rango de "maravilla" ("la maravillosa leche cuajada que lleva su nombre", 2). Pero ahora ha llegado para los autores el momento de presentarla. Un nuevo obstáculo: el personaje carece de talla literaria.

Las hazañas del héroe del folleto tienen como escenario el tubo digestivo, los intestinos, los contenidos estomacales; comparte ese territorio con sustancias que se coagulan, fermentaciones butíricas y lácticas, antipútridos, microbios, albúminas, acidificantes, laxantes y bacilos patógenos. En lo que a proezas se refiere, el héroe se perfila como implacable enemigo de las intoxicaciones intestinales, restaurador de la flora fisiológica, obstáculo a la putrefacción de los alimentos en el aparato digestivo, las afecciones gastrointestinales, la diarrea verde de los niños, la enteritis tuberculosa y la infección puerperal.

Puesto que el folleto debe parecer científico, Borges y Bioy incorporan esos datos – todo lo mencionado en el párrafo anterior está dicho en el folleto –, si bien los relegan a un segundo lugar. El párrafo inicial es una reflexión de orden filosófico sobre la vana inclinación de los hombres a buscar el misterio en lo remoto, cuando, en realidad, lo tenemos a nuestro alcance.

El folleto se abre con el siguiente párrafo:

El arcano y la maravilla suelen estar a nuestro alrededor: la costumbre nos impide percibirlos; miramos sin ver, creemos que nada queda por ver, y nos dirigimos hacia lo lejano, lo remoto, en busca de esfinges y maravillas. Sin embargo el elixir de la larga vida, de los cuentos y de algunas débiles fallas de nuestra desesperanza, es por todos conocido: la leche cuajada, el alimento de Matusalén (3).

Sólo ahora, y sin ninguna transición, pasan de arcanos, maravillas, esfinges y Matusalén a:

La tan frecuente putrefacción de los alimentos en el aparato digestivo causa intoxicaciones; las intoxicaciones, como aluvión de la vida, están edificando nuestra muerte (3-4).

En los sucesivos capítulos van incorporando lo que el folleto define como "ejemplos" que "atestiguan" que "a lo largo del tiempo la humanidad se ha mantenido fiel a este fiel defensor de su vida" (5).

Con un tono que simula el discurso científico, los autores van acopiando datos en forma inconexa, afirmaciones vacías de contenido y sacadas de la nada, sin un contexto que las explique o justifique, sin

que se sigan unas de otras con cierta coherencia y eviten la contradicción.

No hay ciencia pero sí simulacro de ciencia: la información es presentada como hallazgos de la ciencia moderna; los enunciados adoptan estrategias que imitan las del discurso científico: mención de autoridades en la materia, biografía aunque apócrifa, citas, referencia a casos, afirmaciones triviales con apariencia de definitivas.

Los datos científicos escasean, pero el léxico incorpora términos de la ciencia, que jamás van acompañados por una definición o explicación que los torne accesibles: el lector se enterará de que la cuajada de Metchnikoff es un poco mejor que el yogur – ya que éste sólo contiene el bacilo búlgaro pero no el paraláctico o estreptobacilo – y que supera en mucho a casi cualquiera de los otros tipos de leche ácida, en tanto éstos suelen favorecer el desarrollo de bacilos patógenos, de fermentaciones butíricas o contribuir a que el acidófilo se aclimate en el tubo digestivo.

Con desordenada rapidez y sin rumbo fijo, pasan de uno a otro lugar del mundo, de épocas remotas al presente, recorren el cuadro genealógico de la cuajada y, sin orden ni sistema, amontonan datos: de algún antepasado remoto o reciente retienen el nombre exótico (*prostokvasha, varenetz, leben raib, bubeurre, kumis, kefir*); de otro, la referencia a los extraños pueblos que lo consumen (los Mpseni, los kirghises, los kalmukos, los tártaros); de otro, sólo registran el modo de elaboración o las temperaturas ideales para la obtención del coágulo o el tipo de recipientes en que se coloca; en un caso, mencionan la consistencia o el sabor o el olor, en otro, los porcentajes exactos de concentración de ácido láctico mientras que de otro recomiendan la posibilidad de su empleo para la preparación de una sopa. Pero en muy pocos casos se acuerdan de mencionar, además, su benéfica acción para la salud.

Los datos aportados son dispares, vagos; los rasgos consignados no pertenecen al mismo orden de cosas, no hay congruencia entre ellos que posibilite establecer relaciones, compararlos, diferenciarlos o sacar conclusiones. Pero, sin embargo, tienen un cierto aire a verdad científica.

En el capítulo 2, con el propósito de aportar pruebas de la amplia dispersión geográfica de la cuajada, nos informan escuetamente que en Rusia las variedades son dos, pero que, sin embargo, en Armenia, una sola; de las variedades rusas comentan que una es de coagulación espontánea mientras que la otra no; de la armenia, que tiene sabor ácido y olor a queso; en un salto a Sudáfrica, nos enteramos de que la cuajada es el alimento fundamental de varios pueblos y que uno de ellos, los Mpseni, la ingieren casi solidificada, mientras que en Angola

es alimento casi exclusivo de “los indígenas de muchas regiones” (5). Este último dato va reforzado por la cita de las palabras de una autoridad en la materia, “el Dr. Lima de Mossamedes (África Occidental)”, que afirmó precisamente eso, “que los indígenas de muchas regiones de Angola se alimentan casi exclusivamente de leche cuajada” (5). Agregan que el testimonio del Dr. Lima mereció la aprobación de otro científico, el “Dr. Nogueira”, quien precisamente “confirma esa observación”.

El dilatado recorrido geográfico que prometía el capítulo parece haberse agotado entre Rusia y África. Pero antes de pasar al siguiente capítulo, y tal vez para que no queden tantos lugares del mundo sin cuajada, agregan un párrafo que alude a los árabes o, mejor dicho, a un proverbio árabe presumiblemente ilustre: “Quien tiene salud tiene esperanza y quien tiene esperanza tiene todo”. La máxima presenta el inconveniente de que los árabes han olvidado incluir en ella alguna alusión a la cuajada y queda ostensiblemente desconectada del tema del capítulo. Borges y Bioy la completan, mejorándola. Agregan: “pero ellos tienen detrás de la esperanza algo que lucha por su salud: la LECHE CUAJADA”. El vínculo establecido por Borges y Bioy entre salud, esperanza y cuajada es fortalecido aun más por una metáfora que convierte a los árabes en “esos musculosos halcones del desierto”, quienes – y esto debemos conjeturarlo los lectores – detrás de sus músculos tal vez ocultan la cuajada. El párrafo en cuestión dice así:

Quien tiene salud tiene esperanza y quien tiene esperanza tiene todo – dicen los árabes, esos musculosos halcones del desierto, pero ellos tienen detrás de la esperanza algo que lucha por su salud: la LECHE CUAJADA (6).

Una de las estrategias más reiteradas en el folleto para simular el discurso de la ciencia es la inclusión de nombres y citas de presuntas autoridades. En realidad, el único científico de todo el folleto que “de verdad” existió y, además, tuvo alguna relación con la cuajada, es Elías Metchnikoff. Los otros son sólo apellidos mencionados fuera de cualquier contexto que permita o impida vincular ese improbable personaje con la ciencia.

Por otra parte, las palabras que atribuyen a los hipotéticos científicos son insustanciales, como en el mencionado caso de Lima y de Nogueira, en que a uno le hacen afirmar una perogrullada y al otro, confirmarla. A un tal “Marfán”, introducido así, sin más referencias ni aclaraciones, como si su nombre bastara para que el lector lo identifique, le atribuyen el haber comprobado que: “El tubo digestivo es una fuente permanente de intoxicación” (4); mientras que un presuntamente célebre “Belenowsky” ha logrado llegar a la conclusión de

que “el bacilo búlgaro vivo mantiene en buen estado los intestinos” (14). La sola mención de un nombre transforma esas trivialidades en verdades científicas.

El tono de los enunciados es firme, seguro, y contribuye a disfrazar de conocimiento erudito las aseveraciones más vagas y carentes de contenido. En el capítulo consagrado al *Leben raib*, un “manjar” lácteo consumido por los egipcios, los autores registran principalmente detalles del modo de elaboración. Tras un par de líneas, cierran el capítulo con una lacónica y endeble incoherencia suplementaria, una afirmación vacía de contenido, supuestamente añadida para aumentar la información: “Los argelinos fabrican un *Leben* distinto del egipcio” (7).

Como cualquier texto que se precia de científico, el folleto no se priva de la indagación de etimologías. Cuando las consideran necesarias, Borges y Bioy las producen, incluso a más de una etimología por palabra. Tomemos el caso del *kefir*: al comienzo del capítulo, hacen que el nombre derive de un término (que no se preocupan por mencionar) que – según ellos – “significa bienestar” (9). Se detienen a explicitar las razones de esa derivación, que atribuyen a “la sensación agradabilísima que produce”. De paso, mencionan que “una leyenda” (que tampoco consideran necesario especificar) “dice que es un don de los dioses”. En el siguiente párrafo, apenas tres líneas más abajo, *kefir* pasa a significar “mijo del profeta”, en razón de las semillas que se emplean para su elaboración, que “al mezclarse con la leche recobran su actividad, parecen esponjitas, desprenden olor y se multiplican rápidamente” (9).

Aunque lo que prevalece es el desorden en que se van presentando las informaciones, realizan gestos que crean la ilusión de que el texto avanza sin perder de vista la cohesión con enunciados anteriores. Dicen en la segunda mitad del folleto: “Ya hemos indicado al principio que las putrefacciones intestinales son perpetuos enemigos de nuestra vida” (13).

Terminado el recorrido por las variedades de leches ácidas, llega el momento de presentar el sistema Metchnikoff. Aquí Borges y Bioy optan por un acto literario: aplazan la aparición de la leche cuajada de Metchnikoff y crean el suspenso de una espera que se extiende por tres capítulos, destinados a “recordar a grandes rasgos algunos datos fundamentales para la comprensión de los misterios de la flora microbiana” (11). Previene al lector sobre la complejidad del tema, pero de hecho les bastan dos o tres frases para develar el misterio. El primer dato fundamental reza: “El aire entra a la boca con la primera inspiración y con el primer grito” (11). El segundo: “el aire trae millones de seres que hacen su habitación en el hombre y que perduran más

allá de su muerte". El tercero es una leve ampliación del primero: "Entran por múltiples vías: por la piel, por el conducto auditivo externo, por las fosas nasales y, sobretodo, por la cavidad bucal, con los alimentos" (12).

Quisiera agregar sólo dos comentarios más.

El primero, sobre un brevísimo capítulo que le dedican a la "cuajada criolla". La inclusión de este producto en el catálogo de leches ácidas prestigiadas por la historia o la geografía crea sospechas en el lector desconfiado. A la cuajada criolla no le atribuyen ni un solo rasgo extravagante, aunque sí lo habían hecho con otras leches exóticas. Por ejemplo, con el kumis, que – según afirman los autores – los mongoles, grandes criadores de caballos, elaboran a fuerza de puntapiés sobre odres de pellejos o de agitados galopes que aceleran la fermentación. De la cuajada criolla sólo dicen que "se prepara con elementos que hay en la flor del cardo" y, que carece "de todas las buenas cualidades que hacen de la leche cuajada implacable enemigo de las intoxicaciones intestinales". En otras palabras, que no sirve para nada. ¿A qué se debe entonces su inclusión en el folleto? Daría la impresión de que – a pesar de la confesada inutilidad y de lo mal parada que queda –, los autores no quisieron que de ese catálogo universal estuviera ausente el elemento argentino, autóctono, ese toque de color local que – años más tarde – echará de menos el académico Gervasio Montenegro en los cuentos de don Isidro Parodi; en la "Palabra liminar", Montenegro lamenta que: "en ese fresco que no vacilo en llamar *la Argentina contemporánea*, falta la silueta ecuestre del gaucho [...]" (OCC 18).

Por último, una observación sobre el capítulo final del folleto.

Justamente en el lugar del texto que se suele reservar a recapitulaciones, conclusiones o al golpe maestro final, Borges y Bioy siguen acopiando bromas, incoherencias, y terminan desarmando los argumentos que venían apuntalando el discurso.

El título del capítulo – "Vuelta a Matusalén" – también permite una lectura ambigua: los lectores que conozcan a George Bernard Shaw, verán una alusión a una de sus piezas teatrales, *Back to Methusalem*, y se prepararán para nuevas sorpresas. Para quienes ignoren esa referencia, el título sólo retoma un tema del comienzo del folleto. En el primer capítulo, Borges y Bioy habían remontado los orígenes de la cuajada a los de la humanidad. Habían conseguido que la leche incluida por Jehová entre los alimentos destinados al pueblo de Israel – según el capítulo 32 del *Deuteronomio* – fuera precisamente la cuajada. Lograron, además, que en los versículos correspondientes del *Génesis*, desaparecieran el agua, los panes y el becerro, y que la cuajada quedara como el refrigerio exclusivo ofrecido por Abrahán a los

ángeles en el encinar del Mamre. Y también se encargaron de que Matusalén no olvidara incluir cuajada en su dieta.⁴

De este modo, la cuajada queda prestigiada por la Biblia y por el varias veces centenario patriarca. El título del capítulo refuerza esa relación al insinuar la posibilidad de que el ser humano podría recuperar la longevidad de Matusalén.

No obstante, el párrafo inicial del capítulo desmantela todo, desmiente y contradice afirmaciones anteriores. Sostienen que "la creencia general de que los antiguos vivían más que nosotros es del todo infundada" (16). De inmediato, aportan las pruebas – fechas, cifras –, que simulan ser concluyentes.

Las esperanzas del lector han sido ahora desviadas del pasado (que ha quedado desautorizado) al futuro. Dicen:

En el siglo XI el promedio era de 20 años (los hombres eran más pequeños también: las armaduras medioevales que se conservan, nos quedarían chicas). En el siglo XVII el promedio ascendió a 26 años, a 34 en el XVIII, a 45 a fines del XIX (16).

El lector sabe ahora que, a pesar de la cuajada y de la directa intervención de Jehová en la dieta de los antiguos, los modernos les ganamos en longevidad y desarrollo corporal.

Con esta nueva evidencia, Borges y Bioy cierran el tema de la duración de la vida según las épocas y, sin transición, pasan a otro campo, el de la geografía: "No sólo hay diferencias cronológicas, las hay también geográficas" (16). Estamos ahora en Bulgaria, el país de la cuajada y de la longevidad. De nuevo fechas y datos estadísticos que dicen confirmar que "en 1896, en Bulgaria había cinco mil" centenarios. La prueba de la veracidad de los datos la proporciona un caso, que los autores califican de "clásico":

Es clásico ya el ejemplo de los Petkof, once hermanos que rebasaron todos los 100 años, excepción hecha de María Petkof, que murió a los 91 (16).

Y como refuerzo, producen dos ejemplos más, que ni son de Bulgaria ni de personas que se alimenten esencialmente de cuajada. El folleto los presenta como casos registrados en Francia, "entre muchos otros":

⁴ "Desde las más remotas edades los hombres eligieron como acidificante la LECHE CUAJADA. Hay pruebas de ello en la Biblia. Cuando Abrahán, 'sentado a la puerta de su tienda en el calor del día', vió que tres hombres o tres ángeles se le acercaban, les ofreció LECHE CUAJADA. Dios mismo incluye entre los alimentos concedidos al pueblo de Israel, la LECHE CUAJADA (Deuteronomio, capítulo 32, versículo 14)" (4).

María Priou que murió en 1837 a la edad de 158 años, y Ambrosio Jante que murió en 1751 a la edad de 111 (17).

Otra vez las estrategias empleadas en la biografía de Metchnikoff: la mejor y más contundente prueba para cualquier hecho que requiera validación es siempre una anécdota inventada de cabo a rabo.

Y el párrafo final corona la profusión de datos y evidencias con la cita de unas palabras de "otro longevo memorable", George Bernard Shaw. Tampoco la cita contiene ninguna referencia a la cuajada de Elías Metchnikoff. Shaw se limita a recomendar a la humanidad que persista en el intento de prolongar la vida al menos hasta alcanzar los 300 años, ya que: "si la humanidad no alcanza esa cifra, 'nunca llegaremos a adultos y moriremos a los 80 años, con un palo de golf en la mano'" (17).

Aquí se acaban las verdades sobre las leches ácidas, con la sucesión de argumentos contradictorios y con la – implícita – promesa de que una buena dieta en base a cuajadas tal vez ayude al género humano a superar el actualmente demasiado prolongado estadio de la infancia y a darse el tiempo necesario para acceder a la madurez.

Como dije al principio, desconocemos cómo el gran público leyó el folleto en 1935. Tal vez con la fe con que se leían los muchos artículos sobre curas milagrosas y adelantos de la medicina publicados en diarios y revistas de la época.

Confío en haber mostrado que ese folleto es ante todo un acto literario; que, sin duda, el texto admite una lectura ingenua y que, al mismo tiempo, pone a disposición de algunos lectores las pistas que – una vez descubiertas e interpretadas – harán del "estudio dietético" también un acto humorístico.

Un recuerdo de Bioy podría confirmar que, en 1935, al menos hubo un puñado de lectores que siguieron la segunda estrategia de lectura, que captaron la ironía, que descubrieron las bromas y, también, que no las encontraron muy graciosas. Bioy comenta: "aquella gente se escandalizó" (Búmbalo). Y "aquella gente" eran quienes les habían encargado el folleto y pagado por el trabajo.

Sea como fuere, esta primera experiencia de colaboración abrió el camino a un modo de escritura que, más tarde y en forma ya desembozada, fue el de Bustos Domecq y también el de su discípulo Suárez Lynch.

Bibliografía

La leche cuajada de La Martona. Estudio dietético sobre las leches ácidas. Folleto con recetas. s/a. Buenos Aires: Talleres Gráficos Colón, s/f.

Ares, Carlos. "La historia del doctor Preetorius, a dos manos." *El País* (16.11.1990). Publicado originariamente el 4.11.1990, en el Suplemento literario de *La Nación*.

Bioy Casares, Adolfo. *Memorias*. Barcelona: Tusquets, 1994.

Búmbalo, Ariel. "Jorge Luis Borges. 100 años." *Revista Alphalibros* On line.

Elías, Jorge. "Bioy, a los premios" (Entrevista a Adolfo Bioy Casares). *La Nación* On line (11.12.96)

Bustos Domecq, Honorio. [Borges, Jorge Luis, Adolfo Bioy Casares]. *Seis problemas para don Isidro Parodi*. Jorge Luis Borges. *Obras Completas en Colaboración*. Barcelona: Emecé, 1997. [OCC]

REESCRITURAS

Editoras

Luz Rodríguez-Carranza

y

Marilene Nagle



Amsterdam – New York, NY 2004

TEXTO Y TEORÍA: ESTUDIOS CULTURALES

33

Directoras

Iris M. Zavala y Luz Rodríguez-Carranza

Diseño e ilustración de portada: Wim van der Meer

The paper on which this book is printed meets the requirements of "ISO 9706:1994, Information and documentation - Paper for documents - Requirements for permanence".

ISBN: 90-420-0829-6

©Editions Rodopi B.V., Amsterdam - New York, NY 2004

Printed in The Netherlands

Marilene Nagle
Verdade ou vereda tropical? Memória do Tropicalismo
em Caetano Veloso 127

Iumna Maria Simon
Mundos emprestados e rigor de construção. Notas sobre
a poesia brasileira atual 137

Jorge Luis Borges y la cultura popular

Luz Rodríguez Carranza
Introducción 151

Djelal Kadir
Totalization, Totalitarianism, and Tlön:
Borges' Cautionary Tale..... 155

Raúl Antelo
El entredicho. Borges y la monstruosidad textual 167

Sonia Mattalia
Borges: historias de amor y de odio 177

Beatriz Sarlo
Borges y la literatura de crímenes. Una estrofa de Borges
y nueve noticias policiales 193

Rosa Pellicer
Borges y el viaje al sur..... 207

Luz Rodríguez Carranza
Escorias de la década infame 229

Iván Almeida
La orquestación de la vox populi en "La fiesta del Monstruo"
de H. Bustos Domecq..... 245

Cristina Parodi
Borges, Bioy y el arte de hacer literatura con leche cuajada 259

Maarten van Delden
Ernesto Sabato, Author of "Death and the Compass" 273

Evelyn Fishburn

A Footnote to Borges Studies: A Study of the Footnotes 285

Postfacio

Iris Zavala

Memoria, olvido, y el carnaval del mundo 305